

La máscara

El museo estaba por cerrar cuando me detuve frente a una máscara de madera negra donde aún resistían algunas manchas de color ocre y amarillo, como gotas de rocío. Era alargada, con grandes labios carnosos. Abajo, a la derecha, una tarjeta aclaraba que pertenecía a la tribu Yamatji, del centro de Australia, y que había llegado hasta allí por una donación. Creo que era la tercera vez que visitaba el museo; en la primera había ido con mis padres, debía tener ocho años más o menos. No es extraño no recordar haberla visto antes, pero por alguna razón la máscara me resultaba levemente familiar.

Hacía más de dos horas que estaba en el museo. Había llegado a La Plata para dictar un breve seminario de tres días sobre los problemas metodológicos que subyacen en las investigaciones económicas. Lo que estoy contando sucedió en el segundo día, después de mi conferencia, antes de una cena con los profesores organizadores. A esa hora en el museo había muy poca gente, podía escucharse a lo lejos un par de voces como en susurro.

-Esta máscara pertenece a la tribu Yamatji. Son máscaras rituales que dotaban de ciertos poderes a los chamanes cuando se las ponían.

La voz me sobresaltó. No había escuchado acercarse a nadie. A mi izquierda, un hombre de estatura normal, flaco, me miraba con una sonrisa seria, quiero decir que no sonreía con la mirada. Balbuceé unas palabras incómodas. Le pregunté cómo sabía. No tenía aspecto de ser un encargado de visitas guiadas, si es que se puede tener aspecto de algo así; digamos: no llevaba ninguna credencial que identificara su pertenencia al museo. Lo que me causó gracia fue que su rostro tenía un leve parecido con la máscara. Acaso los labios marcados, la forma almendrada de sus ojos. Era curioso. El hombre dijo que siempre se había interesado por las máscaras. Sin que yo le preguntara dijo que era director de teatro y que las máscaras nunca ocultan nada sino que revelan la verdadera naturaleza de las cosas.

Yo sabía de oídas que en el teatro se utilizaban máscaras como parte de una técnica o para preparar actores, tenía entendido que había algo así como un teatro de máscaras o que los actores de la antigüedad las usaban. Pero la verdad es que no quería entablar ninguna clase de conversación. Acaso en otro momento, en otro lugar le hubiera preguntado algo. La voz del hombre, que en ningún momento se presentó, era grave y muy cálida. Pero había algo a mitad de camino entre la delicadeza y cierta violencia en todo el asunto que me incomodaba. Una gracia molesta. Le dije que el museo estaba por cerrar y que era mejor irse. Pareció no escucharme.

-El territorio de los Yamatji se encuentra en el extremo occidental de Australia, en el centro, pero contra el Índico, eso es algo que no aclara la tarjeta. Es un lugar de difícil acceso. Algunos creen que los Yamatji son el grupo humano más antiguo del que aún queda algún sobreviviente.

Aparté mi vista de la suya. Tenía ojos negros muy penetrantes. Yo no soy alguien prejuicioso, respeto los derechos de todos, en consecuencia exijo que se respeten los míos. Iba a decirle que me disculpara, que se me estaba haciendo tarde, cuando dijo:

-Esta máscara tiene la facultad de hacer cumplir un deseo. Sólo uno, por una única vez.

No sé por qué levanté la vista. Continuaba mirándome con sus ojos negrísimo. No pierdo la paciencia con facilidad, pero este hombre estaba logrando que la perdiera. No sé por qué le dije que uno nunca sabe muy bien lo que desea y que por eso es mejor no pedir nada. Nunca. Además, no creo que una máscara pueda hacer semejante cosa.

-No, una simple máscara no. Sino aquel que se ponga la máscara. Los chamanes o los descendientes de los chamanes podían hacer que se cumplan los deseos.

-Ya lo creo -agregué incómodo. -Cuántas cosas pueden desearse en el oeste de Australia en la edad de piedra.

-Los Yamtji han vivido hasta el siglo XIX como en la edad de piedra.

Chasqué la lengua como para dar la conversación por terminada cuando dijo:

-Un solo deseo se puede pedir. Y no sería yo tan precavido. Que hay que tener cuidado con lo que se desea es una frase hecha. Si las cosas se desean desde lo profundo y con el corazón nada hay que temer.

Aparté la mirada de él y de la máscara. Miré hacia la derecha. Ya no se veía nadie en el museo. Dije entonces por lo bajo, pero bien claro y firme como para que se entienda.

-Desaparecí de acá, ya.

Quise mirarlo a los ojos para demostrar mi firmeza. No quería, además, perder cierta compostura. Sin embargo, cuando di vuelta la cabeza no había nadie a mi lado. Nadie en la sala. Miré hacia todos lados. Nadie. Le eché un último vistazo a la máscara y me fui lo más rápido que pude de allí.

Luis Sagasti